

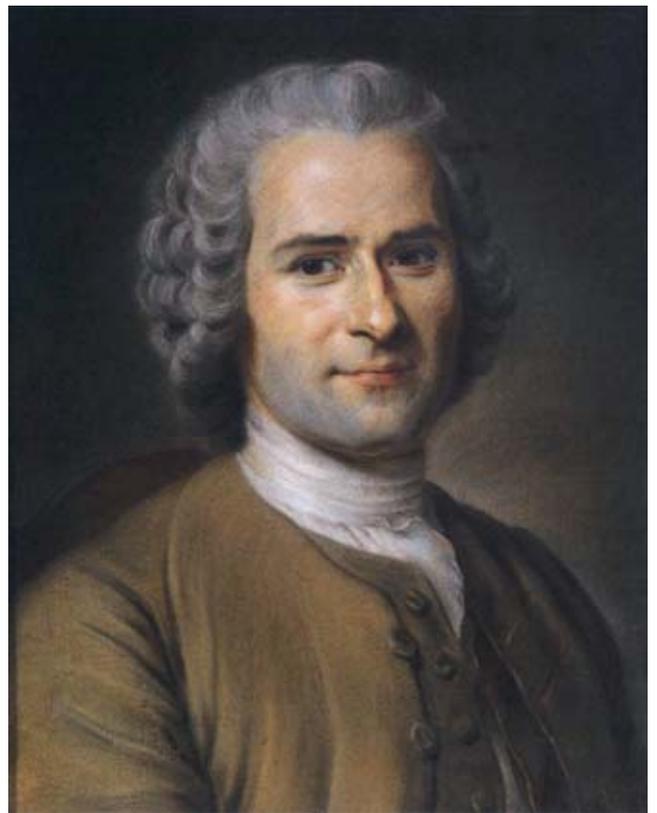
JEAN JACQUES ROUSSEAU (1712-1778)

ALICIA VILLAR EZCURRA
Universidad Pontificia Comillas
avillar@chs.upcomillas.es

En el año 2012 se celebrará el tricentenario del nacimiento de Jean-Jacques Rousseau y los 150 años de la edición de dos de sus más céleres obras: *El contrato social* y *El Emilio*. La educación fue precisamente uno de los ejes principales de la obra del ginebrino que pensó en cómo formar a hombres libres, responsables, independientes y humanitarios.

Su contexto vital y sociopolítico

Juan Jacques Rousseau, nació en Ginebra y resulta difícil resumir su compleja y azarosa vida, narrada en sus extensas *Confesiones*. Hijo de un artesano ginebrino, perdió a su madre de niño y abandonó su ciudad natal a los quince años en busca de aventuras. Se convirtió al catolicismo e inició una formación autodidacta. Entre otras cosas, trabajó ocasionalmente como preceptor y como secretario del embajador francés en Venecia. En su madurez, buscó el éxito como compositor musical y frecuentó los ambientes ilustrados en los salones parisinos. En 1745 conoció a Teresa Lavasseur, analfabeta, con quien convivió sin casarse civilmente hasta 1768. Amigo íntimo de Diderot, no logró un cierto reconocimiento hasta 1750, cuando ganó el premio convocado por la Academia de Dijon con su *Discurso sobre las Ciencias y las Artes*. Ahí defendió una idea polémica en el ambiente ilustrado: que el progreso de los conocimientos no lleva aparejado necesariamente el progreso moral. Cinco años después, concurrió a un nuevo premio, que no logró, con su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Ahí expuso una de sus tesis posteriormente más célebres, la bondad originaria del corazón humano. Volvió al calvinismo y a partir de 1756, Rousseau se dedicó a escribir y buscó la independencia económica ganándose la vida como copista de música. Polemizó con Voltaire defendiendo a la Providencia a propósito del Poema que éste había escrito sobre el desastre de Lisboa (carta del 18 de agosto de 1756). *La Nueva Eloísa*, novela que logró un gran éxito en su tiempo, *El Contrato social* y *El Emilio* son las obras que se incluyen en este periodo de gran productividad que no pierde de vista la perspectiva moral. Con su *Carta a D'Alembert sobre los Espectáculos* rompió con los enciclopedistas y acusó su visión crítica de la Ilustración. Condenados sus dos últimos libros en París y en Ginebra, huyó al Principado de Neuchâtel. Renunció a su ciudadanía ginebrina y se defendió en la *Carta al Arzobispo, M. de Béaumont* (1762) y en las *Cartas escritas desde*



Retrato de J. J. Rousseau joven, por Maurice Quentin de La Tour.

la montaña. Después de ser expulsado de la isla de Saint Pierre, aceptó instalarse en Inglaterra de la mano de David Hume en 1766. Rousseau regresó de nuevo en Francia, llevando una vida errante y sintiéndose siempre perseguido e incomprendido por sus contemporáneos. Creó nuevas obras en las que precisó la aplicación de algunas de sus teorías (*Sobre el Proyecto de Constitución para Córcega* y *Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia*) y también escribió para defenderse de los distintos ataques recibidos desde distintos frentes. Entre otras obras, las *Confesiones* en las que presentó al lector el relato de los sucesos más relevantes de su vida, incluso los más reprobables, como el incomprensible abandono de sus cinco hijos en el Hospicio que justifica por razones económicas. Con ello, quería presentar al lector un retrato competo de



su persona y las difíciles circunstancias de su vida. En los últimos años, de 1772 a 1776, sintiéndose solo e incomprendido por sus contemporáneos, siguió dedicado a sus escritos: *Rousseau, juez de Jean-Jacques*, *Diálogos* y las *Enseñanzas del paseante solitario*, donde, a pesar de todas las penurias vividas, defendía el “dulce placer de existir”. Murió en 1778, tras un paseo por el parque de Ermenonville. Personalidad llena de contrastes y espíritu independiente, la lectura de su obra ha suscitado las interpretaciones más distintas, pero es un clásico innegable de la filosofía social y política y la filosofía de la educación. Los revolucionarios franceses convirtieron en proclamas sus principios y la defensa de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Kant, que comprendió como pocos de sus contemporáneos a Rousseau, le calificó de “Newton del orden moral” y en el siglo XX, Cassirer supo hacer ver la unidad de sus distintas obras en el enfoque moral.

Su pensamiento

A mi juicio, la visión antropológica de Rousseau es clave para comprender sus propuestas educativas, políticas y morales. En su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, precisó las cualidades específicamente humanas: la libertad, y lo que llamó “perfectibilidad”, lo que hoy entenderíamos como plasticidad. Además, Rousseau destacó dos pasiones naturales que en el estado de naturaleza regulan las relaciones entre los hombres: una (el “amor de sí”) nos lleva a buscar lo que nos conserva; otra, “la piedad o compasión”, se despierta al ver sufrir a otro semejante y atempera nuestro egoísmo natural. En contra de Hobbes, y en consonancia con los moralistas británicos, Rousseau no cree que el hombre sea exclusivamente egoísta, pues entonces la especie humana hubiera desaparecido hace tiempo. Frente a la admiración de sus contemporáneos por las conquistas de la razón, Rousseau es el hombre del sentimiento interior, el defensor del sentimiento innato de justicia en el corazón humano (*Profesión de fe del vicario saboyano*). Además, creó un nuevo sujeto de imputación moral: la sociedad, pues entiende que un ambiente social adverso puede corromper el corazón humano.

Este análisis de la condición humana, está en mi opinión en la base de tus teorías educativas: el hombre es sensible al sufrimiento que puede causar a otro y tiene tendencia natural al bien más que al mal; por tanto la educación debe evitar que crezca la insensibilidad por la suerte del otro y la depravación, y que la razón se convierta en un instrumento orientado exclusivamente al logro de los intereses egoístas y particulares. Sólo una educación continua e integral que fomente la cooperación más que la rivalidad, y que haga ver en el otro a un igual y no a un rival, nos hará independientes y no serviles, humanitarios y no opresores, y sentará las bases que construyen una auténtica comunidad.

EL EMILIO O SOBRE LA EDUCACIÓN: UN NUEVO SER HUMANO, UNA NUEVA EDUCACIÓN

El tema de la educación aparece en distintas obras del ginebrino. Se aborda en el artículo de la Enciclopedia dedicado a la “Economía política”, y en *las Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia* desde la perspectiva de la educación pública, la educación de los ciudadanos; pero sobre todo Rousseau pasará a la Historia a través de su tratado: *El Emilio, o de la educación*, su obra más extensa.



J.J. Rousseau, litografía de Lemercier sobre la estatua en bronce realizada por J. Pradier, 1830.

Ahí, valiéndose además de su talento como escritor y a modo de ficción, presentará la educación de un solo niño, Emilio, como modelo de una educación para la vida, la libertad y la independencia. El mismo preceptor que guía a Emilio durante veinticinco años se revela como un ser excepcional, que guía al educando desde sus primeros años en su expansión y escoge sus relaciones o los distintos escenarios que permiten su desarrollo integral, físico, intelectual, afectivo y moral. El educador le acompañará en su descubrimiento progresivo del mundo y le enseñará a guiarse por tres fuentes de educación: la naturaleza, las cosas y los hombres, para que aprenda de un modo gradual y a través de la propia experiencia.

Hay varias ideas ejes en toda la obra, entre las que destacaré las siguientes:

1. Frente a la educación tradicional, dirigida a la formación del hombre adulto, Rousseau se opuso a aquellos que sólo veían a los niños como adultos en miniatura. Anticipando las observaciones de la psicología evolutiva contemporánea, su libro reivindicó a la infancia en sus propios modos de ver, pensar y sentir. A diferencia de Locke, piensa que no hay que hacer razonar a los niños prematuramente. “Dejad madurar la infancia en los niños” será la máxima de Rousseau que heredarán los futuros modelos de educación. La educación debe respetar el desarrollo natural y progresivo de las distintas facultades: sentidos, imaginación y razón, fortaleciendo y respetando su momento de aparición en las distintas etapas del crecimiento del niño. Conforme a ello, *El Emilio* se estructura en cinco libros, que siguen las grandes etapas del desarrollo: la infancia, en sus dos momentos, la pubertad, la adolescencia y la juventud.



2. Uno de los fundamentos del sistema de educación de Rousseau es lo que llamó “la educación negativa” que busca la libertad y el desarrollo armónico de la persona. El presupuesto es el que había defendido en otras obras: si el hombre es un ser originariamente bueno y amante de la justicia, la educación negativa, desde el punto de vista del preceptor, consistirá no tanto en enseñar la virtud y la verdad, sino en guardar al corazón del vicio y al espíritu del error. La educación debe consistir más en ejercicios que en dar preceptos, en orientar progresivamente al educando hacia la autonomía más que hacia el servilismo, en fortalecer más que en debilitar. Emilio se ejercitará en sus capacidades manuales, intelectuales, afectivas y morales, adaptadas a su estado de madurez.

Esta educación negativa fue seguramente la parte de la obra menos comprendida, pues se interpretó como una educación permisiva que dejaba al niño hacer lo que quisiera. Sin embargo, Rousseau insistía en que para cerrar las puertas al vicio es preciso combatir su puerta de entrada: la debilidad. Como toda debilidad procede de la desigualdad existente entre la fuerza y los deseos, si disminuimos los deseos, en realidad aumentamos las fuerzas. “El hombre verdaderamente libre no quiere más que lo que puede y hace lo que le place. Esta es mi máxima fundamental” (*Emilio*). El ginebrino estima que el mejor educado será el que sepa soportar con fortaleza los males y los bienes que le depara la vida y encuentre el modo de expansión física, intelectual y moral.

3. Rousseau advierte que en la etapa de la adolescencia, la edad de la razón y las pasiones, se inicia lo que llama un nuevo nacimiento que requiere una educación moral (de los quince a los veinte años). Lejos de adoctrinar, su atención por educar a través de la experiencia y las relaciones interpersonales tendrán como objetivo, como anteriormente se indicó, fomentar la cooperación y no el enfrentamiento y la rivalidad, orientando las energías del joven hacia los sentimientos humanitarios y la justicia.

Para Rousseau las pasiones que nos son naturales, “el amor de sí” y el sentimiento de compasión hacia los que sufren, son disposiciones que deben ejercitarse para preservarse. De lo contrario, el amor de sí, que debería satisfacerse con pocas necesidades, deriva en un egoísmo que nunca se da por satisfecho. Es lo que hoy llamaríamos un egocentrismo narcisista que hace insensible a las necesidades del otro. Por este motivo, el preceptor debe poner al alcance del joven situaciones en las que ejercite su bondad, humanidad, compasión y beneficencia. Así, se impedirá que nazca la envidia, la codicia, el odio y las pasiones crueles que anulan la compasión y hacen a los hombres insensibles al dolor ajeno. “Nada de vanidad, de emulación, nada de compararnos con los demás”, Rousseau estima que son pasiones peligrosas que pueden llevar a odiar a quienes son más valorados que nosotros mismos.

El autor del *Emilio* recomienda ejercitar lo que llama “las máximas de la piedad”, que promueven lo que hoy llamaríamos empatía. Muchos jóvenes son insensibles a los sufrimientos ajenos porque nunca los han experimentado y no son capaces de ponerse en el lugar de otro. Como sólo se puede compadecer los males que se conocen o imaginan, hay que evitar que la ignorancia haga insensible al joven. Para despertar su compasión hay que avivar su imaginación para que se represente los peligros que acechan a todo ser humano. Para Rousseau “son nuestras miserias comunes las que llevan nuestros corazones a la humanidad.”

No trata de hacer al joven un hermano de la caridad, advierte Rousseau, pero sí de evitar su indiferencia o insensibilidad ante las desgracias humanas, pues es principio de degradación moral. ¿Cómo?, primero, tratando de “sensibilizarle” con respecto a los que le rodean, alentando las relaciones de amistad y compañerismo. Sólo después podrá llegar a generalizar sus sentimientos individuales, bajo la idea abstracta de humanidad. También el conocimiento de la Historia, mediante relatos y narraciones, puede ser un medio para tomar conciencia de las desgracias humanas. Por último, Rousseau estima que el contacto directo del joven con los que sufren desgracias, sin caer en el exceso que endurece, es un modo de despertar su sensibilidad naciente. Nada es capaz de suplir la fuerza del testimonio directo. Con ello, se promueve el ejercicio de la conmiseración, bondad, humanidad y beneficencia: virtudes sociales por excelencia.

Pero no todo son innovaciones en el pensamiento de Rousseau. En el momento de hablar de la educación de la mujer, tema al que dedica el libro quinto del *Emilio*, Sofía, su compañera y más tarde esposa, se rige por otros esquemas: los vigentes en su época que reducen la vida de la mujer al ámbito doméstico y a la familia. La admiración que Rousseau sentía por la antigüedad romana tampoco le ayudó en este punto. Conservador aquí por convicción, las feministas y los estudios de género posteriores harán ver cómo se quiebra el ideal de igualdad proclamado por Rousseau y prolonga los estereotipos de la mentalidad patriarcal, aspecto de su pensamiento que incomoda a sus lectores actuales.

Para terminar, se comprueba como Rousseau fue una personalidad compleja y polémica en su propio tiempo y en el nuestro, un apasionado defensor del sentimiento interior en el siglo de la razón, que protestó enérgicamente por las servidumbres e injusticias que convierten a los seres humanos en dependientes, miserables y desesperados. A mi juicio, aún reconociendo sus contradicciones y excesos, el interés de los escritos de Rousseau está en los temas que aborda, siempre de vital importancia. En el tema de la educación, impactó a otros teóricos del tema, como Pestalozzi. Las obras de Rousseau alientan la denuncia de la corrupción y la esperanza por lograr un mundo mejor y un hombre más humano, convencido de que nada está perdido mientras subsista el sentimiento de justicia en el corazón de la persona. ■

Para saber más

- ROUSSEAU, J. J. (1990), *El Emilio o sobre la Educación*. Madrid: Alianza Editorial.
- VILLAR, A. (1996), *Rousseau: 1712-1778*. Madrid: Ediciones del Orto.
- COBO, R. (1995), *Fundamentos del patriarcado moderno: Rousseau*. Madrid: Siglo XXI.
- TODOROV, T. (2007), *Frágil felicidad: un ensayo sobre Rousseau*. Barcelona: Gedisa.
- CRESPO, M.^a V. (1997), *Retorno a la educación: El Emilio de Rousseau y la pedagogía contemporánea*. Barcelona: Paidós.



Textos

EL Emilio o de la educación (Alianza editorial)

La primera regla de la educación: “La única lección de moral que conviene a la infancia, y la más importante en toda edad, es no hacer nunca el mal a nadie. El precepto mismo de hacer el bien, si no está subordinado a aquel, es peligroso, falso, contradictorio” (p. 128).

Libro IV

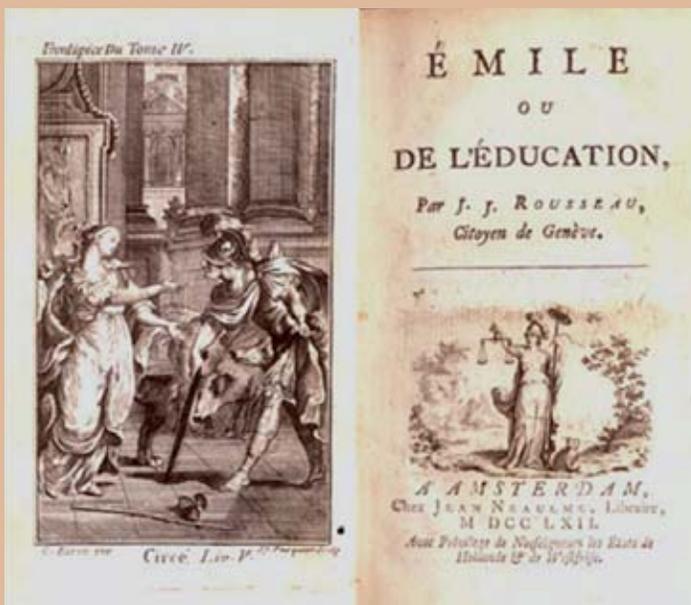
“[...] El amor de sí, que sólo nos afecta a nosotros, se contenta cuando nuestras verdaderas necesidades son satisfechas; pero el amor propio, que se compara, nunca está contento y no podría estarlo, porque ese sentimiento, al preferirnos a los demás, exige también que los demás nos prefieran a sí mismos, lo cual es imposible... De esta forma, lo que hace al hombre esencialmente bueno es tener pocas necesidades y compararse poco con los demás; lo que lo hace esencialmente malo es tener muchas necesidades y atenerse mucho a la opinión” (p. 285).

“Es la debilidad del hombre la que lo vuelve sociable: son nuestras miserias comunes las que llevan nuestros corazones hacia la humanidad, nada le deberíamos si no fuéramos hombres. Todo apego es un signo de insuficiencia: si cada uno de nosotros no tuviéramos ninguna necesidad de los demás, apenas pensaríamos en unirnos a ellos. Así de nuestra misma enfermedad nace nuestra frágil felicidad” (p. 295).

“Si éste fuera el lugar, trataría de mostrar cómo de los primeros impulsos del corazón se alzan las primeras voces de la conciencia; y cómo de los sentimientos de amor y de odio nacen las primeras nociones del bien y del mal. Haría ver que justicia y bondad no son sólo palabras abstractas, puros seres morales formados por el entendimiento sino verdaderas afecciones primitivas; que por la razón sólo, independientemente de la conciencia, no puede establecerse ninguna ley natural; y que todo el derecho de la naturaleza no es más que una quimera si no está basado en una necesidad natural del corazón humano” (El Emilio, p. 315).

“En una palabra, enseñad a vuestro alumno amar a todos los hombres, e incluso a aquellos que los desprecian; haced de modo que no se sitúe en ninguna clase, sino que esté en todas; delante de él hablad del género humano con piedad, nunca con desprecio. Hombre, no deshonres al hombre” (p. 303).

“Hay que estudiar la sociedad por los hombres, y los hombres por la sociedad: quienes quieran tratar por separado la política y la moral nunca entenderán nada en ninguna de las dos” (p. 316).



Emilio o de la educación, de J. J. Rousseau, ciudadano de Ginebra, edición de Jean Néaulme (Amsterdam, 1762).